

**Se autoriza el uso de este material citando su procedencia:  
Scully, M. (1997). Viktor Frankl en su noventa cumpleaños. Una entrevista. NOUS:  
Boletín de Logoterapia y Análisis Existencial. (1), 46-57.**

## **VIKTOR FRANKL EN SU NOVENTA CUMPLEAÑOS UNA ENTREVISTA**

**Matthew Scully**

"¿Volvió Vd. a saber algo de Otto?, le pregunté a Viktor Frankl.

Los lectores del clásico de Frankl *El hombre en busca de sentido*, recordarán a Otto como el compañero de prisión a quien recitó su testamento final antes de ser enviado a un "campo de reposo" para los prisioneros enfermos de Auschwitz. "Nadie sabía si era una estratagema para aprovecharse de los enfermos hasta su último aliento... o si su destino serían las cámaras de gas o un campo de reposo verdadero", escribió Frankl. El médico jefe le ofreció esa tarde quitar su nombre de la lista. "Le dije que eso no iba conmigo; que yo había aprendido a dejar que el destino siguiera su curso". Al volver al barracón, "encontré un buen amigo esperándome".

"Se le saltaron las lágrimas y yo intenté consolarlo. Todavía me quedaba algo por hacer, expresarle mi última voluntad. 'Otto, escucha, en caso de que yo no regrese a casa junto a mi mujer y en caso de que la vuelvas a ver, dile que yo hablaba de ella a diario, continuamente. Recuérdalo. En segundo lugar, que la he amado más que a nadie. En tercer lugar, que el breve tiempo que estuve casado con ella tiene más valor que nada, que pesa en mí más incluso que todo lo que hemos pasado aquí.'... Otto, ¿dónde estás ahora?. ¿Vives?. ¿Qué ha sido de ti desde aquel momento en que estuvimos juntos por última vez?".

¿Qué pasó?. "Ah, si, Otto", recordaba Frankl en una entrevista el año pasado. "No, no supe nada. Uno debe asumir que no logró salir".

Frankl escribió *El hombre en busca de sentido* en 1946, el año anterior a salir *El Diario de Ana Frank* y tres años antes de *1984* de Orwell. Titulado en las ediciones alemanas de entonces, *Del Campo de Concentración al Existencialismo*, es un libro de situaciones tan sombrías como cualquiera de esa época. Es, curiosamente, un libro de esperanza, que mantiene su presencia en los estantes de auto-ayuda, pero ineludiblemente un libro sobre la muerte.

Sin embargo, en el caso de Frankl, el destino tuvo un curso diferente. Después de la pérdida de su mujer en el Holocausto, volvió a casarse, escribió otros veinticinco libros, fundó una escuela de psicoterapia, creó un instituto que lleva su nombre en Viena, dio conferencias por todo el mundo y ha vivido para ver editado en veintitrés idiomas y con, al menos, nueve millones de ejemplares *El hombre en busca de sentido*.

Al encontrarme con él en la Universidad de Viena, me di cuenta, sin embargo, de que la triste imagen que yo tenía en mente ("El-Venerable-Anciano-Mira-Nuestro-Problemático-Mundo") no era solo manida sino también falsa. El Dr. Frankl tenía un aspecto bastante saludable. Un ayudante pidió que los estudiantes no sacaran fotografías porque el "flash" hacía daño a sus débiles ojos. Por otra parte, llegando a los 90, se sentía cómodo bromeando con facilidad, dando golpes en la mesa para enfatizar, contando historias sobre Freud (a quien conoció en 1923 y con quien trabajó posteriormente). De

vez en cuando se movía repentinamente hacia al encerado para ilustrar su idea de la "ontología dimensional" o de la "triada trágica" de la vida.

Una anécdota reflejaba la convicción de Frankl de que muchos psicoterapeutas están ellos mismos locos. Era en los 40, recordaba él, aquí, en Viena. Leyó una cita de un importante filósofo moderno y otra de un paciente esquizofrénico y pidió a sus oyentes que las asignasen a su autor. Concentrando la atención del auditorio, dijo triunfalmente (como si acabara de obtener los resultados del experimento en ese mismo momento) "¡la mayoría de los oyentes se equivocaron!".

Lo que el filósofo y el esquizofrénico tenían en común -continuó Frankl con su explicación- es la certeza de que la felicidad puede obtenerse al perseguirla furiosamente, así como también compartían la rabia consiguiente a los resultados insatisfactorios. Para referirse a esto utiliza la palabra "hiperintención", una tendencia que sólo agrava lo que normalmente es el problema de fondo, nuestro propio egocentrismo. "Todo se le puede quitar al hombre salvo una cosa: elegir la propia actitud en unas circunstancias determinadas, elegir el propio camino". Sanos son aquellos que aceptan esta carga y no esperan la felicidad como un derecho. Así, la propia "logoterapia" de Frankl, ve el sufrimiento no como un obstáculo para la felicidad sino, a menudo, el medio necesario para ella, es más un camino que una patología.

La logoterapia se une, en casi todas las ocasiones, al consejo "Pon manos a la obra". Otras psicologías comienzan preguntando: "¿Qué quiero de la vida?, ¿por qué no soy feliz?". La logoterapia pregunta: "¿Qué me pide la vida en este momento?". La felicidad, "se dará como consecuencia", afirma una expresión muy querida de Frankl. "La felicidad aparece siempre". La vida nos encontrará en el mundo, actuando en su favor. Incluso, "si luchamos por tener una buena conciencia, no estaremos justificados durante mucho tiempo ante ella. De hecho, nos convertirá en fariseos. Y si hacemos de la salud nuestra principal preocupación, ya estamos enfermos. Somos hipocondríacos".

En el momento de su deportación, desde una estación de tren enclavada justo donde él nos está hablando ahora, Frankl estaba dando los toques finales a un libro que avanzaba estos mismos puntos. Antes de comenzar la guerra tuvo una oportunidad de ir a América para escribir su libro y construirse una reputación. "¿Debía cuidar de mi "hijo intelectual", la logoterapia... o debía concentrarme en mis deberes de hijo real de mis padres y permanecer con ellos?". Volvió a casa desde el consulado americano, con un visado en la mano, para encontrar un gran bloque de mármol sobre la mesa. Recogido por su padre de una sinagoga local destruida por los nazis, era, recordaba Frankl, una pieza de una tabla que tenía las primeras letras del Mandamiento "Honrarás a tu padre y a tu madre todos los días de tu vida". Dejó que caducara su visado.

Frankl es un intelectual raro, llamado a vivir sus teorías y, después, recompensado por ello al encontrar posibilidades por su lealtad. *El hombre en busca de sentido* es un ejemplo, por sí mismo, de su concepto de hiperintención. Si hubiera utilizado el visado y la excusa de su obligación profesional, su testimonio no tendría tanta fuerza. Los campos de concentración, escribió, revelan al hombre, en gran parte, como Freud y otros lo habían descrito, como una criatura conducida por su ego, sus instintos y sus impulsos sublimados. Sin embargo, revelaron algo incluso más importante, nuestra "capacidad de autotranscendencia", la capacidad que nos define. "El hombre es el ser que inventó las cámaras de gas de Auschwitz, pero también el ser que entró erguido en dichas cámaras, rezando el Padrenuestro o con la oración judía de los agonizantes en los labios". Frankl, quien a principios de los años treinta utilizó la palabra "existencialismo", es el hombre que recordó a la psicología moderna un detalle que había pasado por alto, el alma del paciente.

*El hombre en busca de sentido* es conocido por escenas de gran fuerza como la despedida de Otto y por los episodios reveladores de la vida en el campo. "¡Si por lo

menos nuestras esposas pudieran vernos ahora!" dijo el hombre que estaba junto a Frankl cuando comenzaban la marcha matutina hacia el lugar de trabajo.

"Mientras marchábamos a trompicones durante kilómetros, resbalando en el hielo y apoyándonos continuamente el uno en el otro, no dijimos palabra, pero ambos lo sabíamos: cada uno pensaba en su mujer. De vez en cuando yo levantaba la vista al cielo y veía diluirse las estrellas al primer albor rosáceo de la mañana que comenzaba a mostrarse tras una oscura franja de nubes. Pero mi mente se aferraba a la imagen de mi mujer, a quien vislumbraba con extraña precisión. La oía contestarme, la veía sonriéndome con su mirada franca y cordial... Un pensamiento me petrificó: por primera vez en mi vida comprendí la verdad vertida en las canciones de tantos poetas y proclamada en la sabiduría definitiva de tantos pensadores. La verdad de que el amor es la meta última y más alta a que puede aspirar el hombre... Comprendí cómo el hombre, desposeído de todo en este mundo, todavía puede conocer la felicidad... Cuando el hombre se encuentra en una situación de total desolación, sin poder expresarse por medio de una acción positiva, cuando su único objetivo es limitarse a soportar los sufrimientos correctamente -con dignidad- ese hombre puede, en fin, realizarse en la amorosa contemplación de la imagen del ser querido. Por primera vez en mi vida podía comprender el significado de las palabras: 'Los ángeles se pierden en la contemplación perpetua de la gloria infinita'".

Liberado para ser un trabajador, pidió a los guardias que no destruyeran un manuscrito que había escondido en el forro de su abrigo.

"Mira, es el manuscrito de un libro científico... Tengo que conservar este manuscrito a toda costa: contiene la obra de mi vida. ¿Comprendes lo que quiero decir?"... Si, empezaba a comprender. Lentamente, en su rostro se fue dibujando una mueca, primero de piedad, luego se mostró divertido, burlón, insultante, hasta que rugió una palabra en respuesta a mi pregunta, una palabra que siempre estaba presente en el vocabulario de los internados en el campo: "¡Mierda!". Y en ese momento toda la verdad se hizo patente ante mí e hice lo que constituyó el punto culminante de la primera fase de mi reacción psicológica: borré de mi conciencia toda vida anterior".

El tono de *El hombre en busca de sentido* es, de principio a fin, el de un observador imparcial, racional, describiendo no sólo la radical maldad de su alrededor, sino también el radical absurdo, despojados de todo "excepto, literalmente, nuestra existencia desnuda". El efecto es el de conectar la vida en Auschwitz con la vida en cualquier lugar.

"Necesitábamos dejar de preguntarnos a nosotros mismos sobre el sentido de la vida y, en cambio, pensar en que nosotros éramos los cuestionados por la vida diariamente, cada hora... Así pues, era necesario que afrontáramos todos los sufrimientos intentando reducir al mínimo los momentos de debilidad y de llorar furtivamente. Sin embargo, no había ninguna necesidad de avergonzarse de las lágrimas, pues ellas testificaban que el hombre era verdaderamente valiente; que tenía el valor de sufrir".

Viktor Frankl me había dicho, en contestación a mi primera carta, que estaría encantado de que nos viéramos, pero me "aconsejó con viveza" que leyera sus otros cinco libros traducidos al inglés. Demasiados periodistas americanos vienen a Viena, se quejaba Frankl, habiendo leído sólo su famoso libro. Estos otros libros (incluyendo *La voluntad de sentido*) aparecieron en rápida sucesión después de que se tradujera en 1959 *El hombre en busca de sentido*. Debido a la gran demanda que tenía, Frankl a lo largo de veinte años dio conferencias en los Estados Unidos, apareció en la televisión, fue profesor emérito en Berkely y, en algunas ocasiones, dijo cosas controvertidas, como la sugerencia que hizo en

los 70 de que América debería levantar en su Costa Oeste la "Estatua de la Responsabilidad". De un moderno ideólogo político, Frankl observó, "No tiene opiniones, sus opiniones lo tienen a él".

Había decidido no parecer efusivo o demasiado respetuoso, como aquellos recién convertidos a la logoterapia quienes, según un colega de Frankl me había dicho, llegan a su puerta de todas las partes del globo a mostrarle su gratitud. Sin embargo, no era fácil. Viktor Frankl, como la Madre Teresa o Aleksandr Solzhenitsyn, es una persona que uno puede encontrar sólo en la profundidad de una experiencia moral.

Cuando pasé a su estudio, en su casa, unos pensamientos se hicieron presentes en mi mente. "Estoy absolutamente convencido" -había dicho Frankl en *Psicoanálisis y existencialismo*- "que las cámaras de gas de Auschwitz, Treblinka y Maidanek se prepararon, en última instancia, no en los ministerios de Berlín, sino en los despachos y en las salas de conferencias de científicos y filósofos nihilistas". Estaba claro que consideraba a Freud como a uno de tales pensadores. Entonces, ¿por qué acababa de ver un busto de este gran hombre en la entrada?.

Habla de Freud con una clase de simpatía protectora, como un hijo contento de que su padre esté libre de ver cómo han terminado todos sus sueños. Freud fue un gran hombre, "un genio" -replicó Frankl. Gran parte de lo que sabemos de la psique humana se lo debemos a Freud. Pero "ni siquiera los genios pueden resistirse completamente al *Zeitgeist*, al espíritu de su época". Y la de Freud fue una época de curiosidad y excitación sobre las posibilidades que están escondidas en la "base" de las aspiraciones humanas. Sólo olvidó las estancias superiores.

"¿El punto de vista de la Logoterapia?" -pregunté. "¡Exactamente!. La logoterapia considera al paciente en toda su humanidad. Yo me dirijo al centro del ser del paciente. Y éste es un ser en busca de sentido, un ser que se trasciende a sí mismo, un ser capaz de actuar por amor a los otros... ¡Sabe!, cada ser humano es único; puede perder o reprimir esto, pero originalmente es un ser lanzado a sentidos que realizar o personas a las que amar".

Frankl había oído hablar del libro de M. Scott Peck, *Road Less Traveled* (La carretera menos transitada), un libro popular que da a conocer, como *El hombre en busca de sentido*, la dureza de la vida. De hecho, sabía lo suficiente como para preguntarse por qué ese libro como otros semejantes no prestan homenaje a la logoterapia de la que parecen ser imitaciones sin interés. "Pero" -dijo zanjando el tema- "no tiene importancia. Mejor que tomen prestado de la logoterapia que utilizar su propio sinsentido".

¿Estuvo siguiendo él nuestro debate sobre "Políticas de Sentido", en América? -le pregunté a la señora Frankl. Lo había hecho. Pero la pregunta le evocó una desgraciada historia de su noventa y cuatro y, probablemente, última visita a los Estados Unidos. Ocurrió -recordaba la señora Frankl- un año antes de la charla de la Sra. Clinton en Austin, Tejas, sobre "Políticas de Sentido". Algunos amigos americanos llamaron a los productores de *Buenos Días América*. ¿Les habría gustado tener en el programa al autor de *El hombre en busca de sentido* para discutir la angustia existencial de la Primera Dama?. En todo caso, tampoco ellos sabían su nombre o ya habían citado alguna intrigante figura como Howard Stern o el Dr. Ruth. "¿Así es como América trata a Viktor Frankl?", preguntó la Sra. Frankl.

Me pregunté en voz alta si esta historia podría sugerir una posibilidad deprimente. ¿No podrían las ideas freudianas, como rasgo cultural general y precisamente porque validan la superficialidad en su propia asimilación, triunfar inevitablemente sobre Frankl y su mensaje más interpelador?.

Esto provocó una refutación feroz. "¡Pero cómo puede decir esto!. ¡Muéstreme otro libro que haya llegado a vender nueve millones de copias, como *El hombre en busca de sentido*!. ¿Qué mayor evidencia empírica necesita?. Y estas cartas... Ellie, ¿cuántas recibimos a diario?".

"Una media de veintitrés al día" -dijo la Sra. Frankl.

"Si, lo ve, veintitrés cartas cada día aún. Y la mayor parte son de americanos. Y, ¿sabe lo que dicen?. La mayoría escriben simplemente para decir: "Gracias, Dr. Frankl, por cambiar mi vida".

"Sabe, -continuó- los intelectuales, la multitud a la moda, los críticos, quizás no se preocupen de ello. Aunque me admiro... A veces expresan: 'Por supuesto esto no quiere decir que compartamos las ideas filosóficas del Dr. Frankl'. Sin embargo, las usan. ¡No me preocupa si comparten mis convicciones filosóficas!. No obstante, me satisface, profundamente, que las usen en beneficio de los pacientes... El hombre de la calle siempre ha entendido lo que digo. Ve que algo se pierde. Se da cuenta de que él es algo más que su ello, más que sus impulsos".

Esta defensa era no sólo impactante sino también muy extraña. Comenzaba a ser una cuestión complicada. Hay ciertos "críticos" que creen que Frankl, no obstante el testimonio de su historia personal, está desenterrando todas las nociones viejas, no científicas, de espíritu, conciencia y culpa. Entre ellos hay también una sospecha de religiosidad, algo que ya he hecho notar. Pero también hay críticos con más reputación que creen que Frankl siempre ha eludido la inigualable maldad del Holocausto. Esto puede explicar por qué, por ejemplo, puede darse que tras *El diario de Ana Frank* es el segundo libro sobre el Holocausto más leído en la librería del Museo del Holocausto de Washington.

"Aquí, por ejemplo" -explicaba él- "el jurado de Viena está totalmente en contra mía, porque estoy demasiado a favor de la reconciliación (lo que es muy significativo para mí). Tienen miedo de que sea uno de los que ha olvidado el Holocausto. En todo mi libro *El hombre en busca de sentido* no encontrará la palabra 'judío'. No voy a sacar partido de ser judío y de haber sufrido como judío, ¿comprende?. Les pregunto: ¿están enfadados conmigo?. Si. ¿Por qué están enfadados conmigo?. ¿Quizás porque soy un espíritu demasiado conciliador?. Si. Así pues, ¿es malo ser reconciliador?".

La conversación volvió al concepto de culpa colectiva, al que Frankl se opone al 100%. "Yo podría aceptar el concepto si fuera un Nacional Socialista, porque este es un concepto que se encuentra completamente en la estructura del Nacional Socialismo ¿entiende?. Este no hacía diferencias entre judíos, entre un judío y otro judío; todos los judíos eran seres totalmente infrahumanos. Y este concepto les justificaba, pensaban ellos, para hacer toda clase de atrocidades. Yo parto de que la culpa es, a priori, culpa personal. Puedo ser juzgado culpable sólo por algo que no he hecho o he hecho mal, pero de ningún modo puedo ser considerado culpable por algo que un tío mío o mi abuela han hecho. ¡Esto es una tontería al 100%!".

Fue esta convicción, explicaba Frankl, la que le condujo de vuelta desde Auschwitz a Viena, reencontrando los muchos vecinos que habían contemplado o participado en su persecución. "La gente olvida qué significaba en aquel momento unirse a la resistencia. Más o menos significaba ser capturado o arrestado en cualquier momento y condenado a muerte, tal como mi mejor amigo de aquella época fue sentenciado a muerte. Sobre todo debemos admirar el heroísmo de esta gente".

"Pero, bajo mi punto de vista -continuó- este heroísmo sólo puede exigirse o esperarse, en última instancia, de una persona concreta. Nunca tendrás derecho a exigir

heroísmo de otra persona, no hasta que hayas estado en la misma situación, afrontando las mismas decisiones, el mismo camino de cara a la muerte como castigo. Pero alguien que emigró a EE.UU. y ve el pasado desde allí, no tiene derecho a decir a alguien que se quedó en Alemania que debería haberse incorporado a la resistencia, ya que él no ha hecho eso, no ha afrontado todos los riesgos y encarado el problema de cómo su responsabilidad hacia toda su familia se lo habría permitido, ya que podría arrojar a su propia familia a los campos de concentración".

Es casi hora de terminar, por ello, planteo la cuestión de sus propias convicciones espirituales. Frankl me contó que los lectores son, invariablemente, curiosos sobre su creencia en Dios. Lo primero que a uno le llama la atención al entrar en su apartamento es un gran crucifijo a la entrada (la señora Frankl es católica). "La experiencia final para el hombre que vuelve a su hogar -escribió en *El hombre en busca de sentido*- es la maravillosa sensación de que, después de todo lo que ha sufrido, ya no hay nada a lo que tenga que temer, excepto a su Dios". Sus argumentos siempre nos vuelven hacia el "espíritu", "la parte más elevada del hombre", "el impulso religioso", "el Dios Inconsciente". ¿Debemos tomar esto como metáforas, proyecciones y arquetipos míticos o cuando dice "Dios" quiere decir "Dios"?

Lo que distingue a la logoterapia de otras escuelas de psicología es el humilde reconocimiento de un orden objetivo que simplemente es y de unos hechos morales sobre el universo que están más allá de nuestro poder para eludirlos, modificarlos o reinventarlos. El propio Frankl, en *Psicoanálisis y existencialismo*, pone en guardia contra el "nada-más-que-ismo", que declara que nuestros deseos espirituales no son más que impulsos instintivos y Dios no es más que una creación del ello. Sin creador, pregunté, cualquier concepción de ese "espíritu", ¿no volvería a caer dentro de lo instintivo y dejaría aparte a la logoterapia?

No del todo, contestó, pero en cualquier caso, su propia llamada es a la cura del alma, no a su salvación. "No me permito a mi mismo confesar si soy religioso o no. Escribo como psicólogo. Escribo como psiquiatra, escribo como hombre de la facultad de medicina... y eso hace más poderoso el mensaje porque si yo tuviera una adscripción religiosa, inmediatamente la gente diría: 'Ah bueno, es ese psicólogo religioso. ¡Tira el libro!'".

"Mire," -añadió- "no me molesta, no me siento disminuído o humillado si alguien sospecha que soy una persona religiosa... Si llamamos 'religioso' al hombre que cree en lo que yo llamo un Supersentido, un sentido tan comprehensivo que no puedes comprenderlo totalmente, asirlo en una terminología intelectual racional, entonces, cualquiera puede llamarme religioso con toda libertad, en serio. Y hoy en día he pasado a definir la religión como una expresión, una manifestación, no sólo de la voluntad de sentido, sino del deseo del hombre de un sentido último, o lo que es lo mismo, de un sentido que es tan comprehensivo que no es comprensible en su totalidad... Pero eso pasa a ser un tema de creencia más que de pensamiento, de fe más que de intelecto. Después de todo, el postular un supersentido que evade una explicación meramente racional es uno de los principales fundamentos de la logoterapia. Y una persona religiosa puede identificar el Supersentido como algo paralelo al Super-ser, y ese Super-ser lo podemos llamar Dios".

El Dr. y la Sra. Frankl caminaron conmigo, deteniéndose en los recuerdos de su estudio. Había una carta enmarcada de su amigo Martin Heidegger (el filósofo cuyas audiencias, al final, confundieron con un esquizofrénico). Al lado de esto estaba un cuadro encantadoramente incongruente y una carta de Mamie Eisenhower, una gran admiradora de Frankl tras la muerte del Presidente Eisenhower.

Después me mostró un certificado declarándole ciudadano honorario de Austin, Texas, donde pronunció en un discurso en 1975: "Cuando me conferís este honor Sr.

Alcalde, sería más apropiado que yo os declarara logoterapeuta honorario, porque sin que los soldados llegados de América, algunos de ellos con seguridad jóvenes de Texas, hubieran arriesgado sus vidas para sacarnos del campo de concentración, no hubiera habido ningún Viktor Frankl desde el 27 de Abril de 1945, ni ninguna logoterapia, ni libros, ni nada de esto.

Y al final de la vuelta, un cuadro de Auschwitz realizado tras la liberación por un adolescente llamado Bruno, al que, explicó Frankl, se le permitió vivir porque los guardias querían tener su propio retratista privado. "Y este rincón de aquí es el lugar donde se realizaban los enterramientos, y estos eran los hornos crematorios. En uno de esos hornos, en este mismo lugar, vi el cuerpo de mi padre, que murió allí".

"Me preguntaste antes si seguía pensando en estas cosas. No pasa un sólo día que no lo haga. Y en cierto sentido me da pena de esos jóvenes que no han conocido los campos de concentración o vivido durante la guerra, que no tienen nada con lo que comparar sus propias condiciones de dureza... Incluso hoy, cuando pierdo vista o cuando tengo cualquier problema grave o situación adversa... no tengo más que pensar una fracción de segundo y suspiro profundamente. ¡Cuanto hubiera dado entonces por no haber tenido problemas mayores de los que afronto hoy!".

Matthew Scully ha sido editor literario de *National Review* y escritor de discursos del Vice-Presidente Dan Quayle, hoy es un escritor residente en Arlington, Virginia.

Traducido por M. Ángeles Noblejas de la Flor.

Aparecido en la revista "First Things" nº 52 (Abril 1995): 39-43. Reproducido con permiso del editor.